

# ENTRE CONTINUIDADES Y CAMBIOS

## *Las américas en la transición (S. XVIII a XIX)*

EDUARDO CAVIERES F.

EDITOR

EDUARDO CAVIERES

JUAN CÁCERES

KAMEL HARIRE

FERNANDO RIVAS

CLAUDIO LLANOS

MARCELO SOMARRIVA

STEFAN RINKE

LUIS HACHIM

JORGE SILVA RIQUER

GUILLERMO PALACIOS

MARCO PAMPLONA

JULIO RETAMAL



VICE RECTORÍA  
DE INVESTIGACIÓN Y  
ESTUDIOS AVANZADOS



EDICIONES  
UNIVERSITARIAS  
DE VALPARAÍSO

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

© Eduardo Cavieres Figueroa, Editor. 2006  
Registro de Propiedad Intelectual Núm. 156.105

ISBN 956-17-0388-2

Tirada de 220 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso  
Calle 12 de Febrero 187 - Casilla 1415  
Valparaíso - Chile  
Fono (56-32) 273087 / Fax (56-32) 273429  
euvs@ucv.cl / www.euv.cl

Diseño Gráfico: Guido Olivares S.  
Asistente de Diseño: Mauricio Guerra P.  
Coordinador de la Edición: Claudio Llanos R.  
Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.

Registro Conferencias: Rens Veninga F.  
Fotografía Documentos: Claudio Llanos R.

Impresión: Impresos Libra, Valparaíso

HECHO EN CHILE

## ÍNDICE

Presentación de Eduardo Cavieres ..... 7

### **LAS DEFINICIONES SOCIALES**

EDUARDO CAVIERES

En torno a Chile y a ideas de Simon Collier ..... 13

JUAN CÁCERES

Reflexiones sobre la élite del poder y las relaciones sociales:  
Colchagua y Querétaro en el siglo XIX..... 31

### **SOBRE CAMILO HENRÍQUEZ**

KAMEL HARIRE

Camilo Henríquez: Análisis literario y conceptual.  
A propósito de cinco discursos publicados  
en la Aurora de Chile ..... 47

FERNANDO RIVAS

Camilo Henríquez, constructor de la  
cultura republicana chilena..... 97

## EN LA HISTORIA CULTURAL

CLAUDIO LLANOS  
En torno a Said y las construcciones culturales ..... 125

MARCELO SOMARRIVA  
América Latina y el cono sur en la mirada de los  
viajeros a comienzos del siglo XIX..... 143

STEFAN RINKE  
Monumentos nacionales en las Américas en la primera  
mitad del siglo XIX. Los casos de Charlestown, Boston  
y de Buenos Aires ..... 173

LUIS HACHIM  
En torno a la obra de Juan Ignacio Molina ..... 197

## MÉXICO, BRASIL Y... “LA REPÚBLICA INDÍGENA”

JORGE SILVA RIQUER  
Del mercado interno colonial de la Nueva España a  
la economía nacional del siglo XIX..... 223

GUILLERMO PALACIOS  
Los problemas de la modernidad en México y  
América Latina, siglo XIX ..... 251

MARCO PAMPLONA  
Brasil y la formación del Estado-Nación ..... 281

JULIO RETAMAL  
La República indígena en la larga perspectiva histórica ..... 305

NOTAS SOBRE LOS AUTORES ..... 317

## PRESENTACIÓN

*A la memoria del destacado historiador inglés Simon Collier, profesor visitante y amigo del Instituto de Historia de la P. Universidad Católica de Valparaíso y en reconocimiento a la fructífera obra sobre historia colonial chilena desarrollada por la Profesora del mismo Instituto, hoy retirada de sus funciones académicas, María Teresa Cobos N.*

El presente volumen forma parte de la Serie compuesta por los libros *Entre discursos y prácticas, América Latina en el siglo XIX* y *Los proyectos y las realidades. América Latina en el siglo XX*, publicados por Ediciones Universitarias de Valparaíso en los años 2003 y 2004, respectivamente. Corresponde igualmente a un trabajo de Seminario permanente que se desarrolla bajo los auspicios de la Dirección General de Investigación de la P. Universidad Católica de Valparaíso y por ello sigue los mismos caracteres que han tenido los títulos antes señalados: no se trata de una reunión de artículos solicitados a diversos autores, sino es el producto de exposiciones y discusiones dadas al interior de un grupo de trabajo que sólo ha sido intervenido, desde su transcripción desde el material grabado, a objeto de hacerlo claro y ordenado y evitar las naturales repeticiones que se producen en intervenciones sin textos escritos previos.

Así como los libros anteriores se orientaron a estudios sobre los siglos XIX y XX en Chile y Latinoamérica, en este caso las temáticas abordadas tienen que ver con materias propias a procesos contenidos en la larga transición del paso desde la sociedad colonial a la sociedad republicana. Obviamente, tales problemáticas no se han considerado desde un punto de vista lineal y tampoco enfatizando nuevamente los referentes históricos más conocidos,

especialmente en cuanto a desarrollos de la historia política pura, sino más bien se ha querido enfatizar en problemáticas que permitan complementar nuestros saberes y miradas sobre el período a partir de observar lo subyacente y en situaciones que corresponden a niveles menos considerados, pero no por ello menos significativos. Por ello es que el conjunto de trabajos está ordenado en cuatro secciones. En la primera, Eduardo Cavieres reflexiona en torno al carácter de la historia decimonónica chilena a partir del surgimiento del Estado, pero sin soslayar las continuidades presentes desde los tiempos coloniales. Juan Cáceres, entra en un terreno más concreto al referirse a las relaciones sociales tradicionales a partir de las elites agrícolas de localidades del valle central chileno e intenta una comparación con sus similares de Querétaro, México. En la segunda sección, Kamel Harire y Fernando Rivas ofrecen dos aproximaciones al análisis del pensamiento de Camilo Henríquez a través de la Aurora de Chile. Le siguen, en una tercera sección, cuatro trabajos de historia cultural propiamente tal: Claudio Llanos sobre alcances al pensamiento de Edward Said; Marcelo Somarriva acerca de la mirada de viajeros sobre el cono sur latinoamericano a comienzos del siglo XIX; Stefan Rinke en una interesante presentación de los primeros monumentos nacionales a partir de Boston y Buenos Aires; y Luis Hachim que retoma sus estudios sobre el Abate Juan Ignacio Molina. Finalmente, la cuarta sección reúne las presentaciones de Jorge Silva Riquer sobre los desarrollos del mercado interno colonial y la formación de una economía nacional en el México del siglo XIX, y de Guillermo Palacios sobre problemas de la modernidad en ese mismo México y sobre planteamientos que bien pueden generalizarse para la América Latina de la época. Marco Pamplona se refiere a la formación del Estado-nación en Brazil y Julio Retamal A., considera algunas ideas introductorias para el análisis de la llamada República indígena como un problema de larga duración.

En general, el conjunto de trabajos representa, precisamente, una mirada larga sobre fenómenos y procesos que no corresponden a lo instantáneo de ciertos hechos políticos o de hitos relacionados con cualquier tipo de historia vista en la concatenación simple de hechos. Aquí, se ha tratado de reflexionar cuidadosamente sobre aquellos aspectos que precisamente dan contenidos al título del libro: la relación entre cambios y permanencias, relación que indiscutiblemente escapa a los tiempos rígidos y a espacios determinados. En gran parte, se presentan ideas a considerar y, en ningún caso, se pretende

entregar una mirada definitiva sobre aspectos y problemas cuyos análisis deben seguir profundizándose para alcanzar miradas más comprensibles acerca de nuestro pasado.

Este libro está dedicado a la memoria del tempranamente desaparecido **Simon Collier**, por todas las contribuciones que realizó a la historiografía chilena, particularmente al período que va desde los inicios del proceso de Independencia hasta los comienzos de la década de 1860. Por otra parte, es un reconocimiento a los trabajos sobre historia colonial, específicamente a los estudios sobre implantación del régimen de Intendencias, realizados por la profesora **María Teresa Cobos N.**, como académica del Instituto de Historia de la P. Universidad Católica de Valparaíso, desde donde se retiró de la vida académica en el año 2003.

Valparaíso, otoño del 2006.

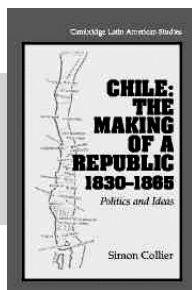
EDUARDO CAVIERES F.  
Director Seminario y editor



---

## **LAS DEFINICIONES SOCIALES**





## EN TORNO AL CARÁCTER DE LA HISTORIA DE CHILE Y A IDEAS DE SIMON COLLIER

EDUARDO CAVIERES

Una entrevista realizada a Simon Collier (La belleza de pensar), me permite hacer una pequeña introducción a la temática a desarrollar. Se le preguntaba por los orígenes de la nación chilena y de la nación-Estado chilena y aun cuando Simon era fundamentalmente un profesor y un investigador de la historia política, no dejaba de hacer referencia a cuestiones más generales y a considerar nuevamente el viejo dilema, siempre repetido, en torno a cuándo surge la nación y cuándo la nacionalidad. Al respecto, él insistía en que la nacionalidad, como lo sabemos, es obra de la nación-Estado mientras que la nación es una formación, una construcción de la sociedad que se va conformando a lo largo del tiempo. Se centraba en cuatro aspectos fundamentales para entender cuál había sido esta transición de la nación a la nacionalidad.

En primer lugar, hablaba de aislamiento, un poco reforzando esa idea bastante fuerte hasta hace sólo algunas décadas atrás. Efectivamente, me parece más bien que esa fue una idea producida por los liberales del siglo XIX, insistiendo en que una de nuestras fortalezas como sociedad, como nación, estaba precisamente en que éramos el último rincón del mundo, y que ya por razones naturales, estábamos aislados del resto de los países en formación. Además, este aislamiento habría tenido especiales efectos sobre lo que podríamos llamar la psicología colectiva de esta sociedad, a lo que en estos

momentos, historiográficamente, llamamos el área de los comportamientos colectivos. Por mi parte, no estoy tan seguro de este aislamiento, especialmente porque en realidad, desde un punto de vista conceptual, esta idea siempre ha significado el tratar de insistir en lo que podríamos denominar la singularidad de Chile, una situación de singularidad en la cual una sociedad determinada como la nuestra es capaz no solamente de ir desarrollando su propia historia, sino que además de ello ir explicándola. No necesitábamos buscar otras situaciones históricas vecinas, contemporáneas, contingentes, porque nos explicábamos a nosotros mismos, y esta autoexplicación significó, sobre todo en el siglo XIX, que ya nos sentíamos ser el modelo de la época, el modelo de republicanismo, el modelo de expansión económica, el modelo de virtudes, etc., etc., situación que se vuelve a transmitir y a mantener a lo largo del siglo XX e incluso hasta nuestros días. Basta escuchar el discurso oficial para darse cuenta de que es una situación que está muy profundamente enraizada en nuestras convicciones y que si uno tuviera que buscar una explicación a esta especie de autoarrogancia nacional, podría ser que la encontraríamos también en este concepto que se ha venido construyendo en el tiempo respecto al aislamiento. El aislamiento es lo que habría dado un carácter un poco espartano a una sociedad que no necesitaba de los demás, puesto que se tenía que hacer a sí misma.

Pienso que la historia de Chile, como cualquier otra historia, si bien tiene sus singularidades propias, no se explica a sí misma, en primer lugar por un hecho concreto, forma parte de un conjunto político, económico, social mayor, pero además de ello, está íntimamente unida a todos los vínculos que produce el ser partícipe de este sistema mayor, vínculos económicos, vínculos políticos, etc., etc. y, de hecho, desde un punto de vista no solamente social, sino también desde un punto de vista económico, otras ideas que fueron también muy fuertemente eludidas por el pensamiento liberal del siglo XIX, por ejemplo la idea de monopolio comercial colonial, o la idea de una dependencia absoluta de los comerciantes peruanos, tendieron igualmente a ratificar este sentimiento de aislamiento, un sentimiento casi al borde de la inferioridad, pero que siempre estaba siendo superado a través de los esfuerzos personales y colectivos.

En realidad, vista la historia, no desde un punto de vista provincialista, desde el interior de una sociedad, sino que vista la historia desde una

perspectiva más amplia, no hay aislamientos definitivos y de hecho incluso algunas realidades naturales como la propia Cordillera de los Andes, no fueron un obstáculo para permitir la convivencia y las relaciones entre las sociedades a ambos lados de ella. De hecho, mientras toda la provincia de Cuyo formó parte de la gobernación de Chile, indudablemente que este lado estuvo muy abierto hacia el otro lado de la cordillera y eso significó no solamente el movimiento de comercio, sino que también significó fuertes relaciones familiares, sociales, etc. También algunas políticas a las cuales me voy a referir posteriormente

Un segundo aspecto apuntado por Simon Collier es el problema de la jerarquía, una sociedad muy jerarquizada, problema o carácter que ha tenido variadas traducciones o significaciones, algunas positivas, otras negativas. Una de ellas, enfatiza en la existencia de una aristocracia conformada desde la propia conquista que en el siglo XVIII se asimilaba con la gran hacienda y que a partir del siglo XIX, desde sectores rurales, seguía interviniendo en la vida política del país a través de su participación en el Senado y en la Cámara de Diputados. Allí estaban representados no solamente estos sectores jerárquicos tradicionales, sino que, además de ello, por su presencia y a través de su presencia, estaban también presentes sus valores tradicionales, lo cual permitía entonces una sociedad muy bien estructurada y muy bien organizada.

Al respecto, y sin intervenir en el pensamiento de Collier, debe pensarse que no hay sociedad que viva anárquicamente. Por el contrario, todas las sociedades necesitan de ciertas jerarquías y es efectivo que en este caso un sector social, tanto en tiempos de la colonia, como en el siglo XIX, efectivamente fue desarrollando sus propias visiones sobre lo que debía ser una organización social y política, la mantención de ciertos valores, etc. En esto no nos referimos a juicios de valor, solamente a una realidad. En todo caso, también esta idea de orden, de jerarquía, procede del largo tiempo. Se ha tratado de afirmar, por la constitución o la fuerza, que hay una permanencia que igualmente se muestra como algo propio de Chile y que lo hace diferente a otros países latinoamericanos. Se fundamenta, por ejemplo, en su madurez constitucional, en ser el primer Estado en forma que logra consolidarse, que la Constitución de 1833 unifica los criterios y que todos se hacen obedientes a ella. A partir de ese Orden, de esa jerarquía, fue posible

que el país comenzara a crecer mucho más aceleradamente respecto a los vecinos, precisamente porque tenía esta noción de orden tan interiorizada en su comportamiento que le hacía sentir, en consecuencia, ser igualmente modelo de las demás. Sin embargo, ese es un discurso y ahí hay un problema interesante de plantear, pues ese discurso del Orden (construido por un sector social, no sólo por el sector social tradicional, construido y después sociabilizado, aunque artificialmente, por ese mismo sector social para decir que todos los miembros de esta sociedad no solamente disfrutaban de ese orden, sino que también debían estar dispuestos a mantenerlo), en realidad no pasaba ni pasa de ser una presentación discursiva porque la verdad es que el Orden se mantiene por el hecho de restar posibilidades de participación a los otros grupos, y se mantiene a través de todos los tipos de República o de regímenes en el Poder. Esta república autoritaria, más que conseguir un consenso social respecto a un orden determinado, lo que ha hecho es imponer un orden determinado que tampoco es sólo atingente al siglo XIX. De hecho, venía produciéndose desde los tiempos coloniales, y algunos de sus fundamentos subsistieron a lo largo del s. XX.

Un tercer concepto, relacionado con el anterior, tiene que ver con el de la homogeneidad, respecto al cual, en todo caso y a pesar de los diferentes casos, hay menos discusión. Por cierto, hay que ponerse de acuerdo en cuáles son efectivamente los criterios con los cuales estamos midiendo la homogeneidad, y si ella tiene que ver, por ejemplo, y en comparación con otras sociedades latinoamericanas, con una cuestión de carácter étnico. Si es así, efectivamente esta es una sociedad más homogénea, pero también hay que precisar que los alcances del término tienen que ver con la visualización del Chile tradicional, del enmarcado entre las regiones de La Serena y Concepción, del gran valle central con sus anexos correspondientes, con una población mayoritariamente blanco-mestizo, en el tiempo con exclusiones concretas a partir de la noción de frontera y, en el Norte, después de la Guerra del Pacífico, con una muy tenue y ambigua inclusión de los sectores indígenas del interior. En este sentido, la reproducción de una idea de homogeneidad interior, replica persistentemente la idea de otras naciones, cuestión fundamental hasta el presente, no sólo en Chile sino también en los países vecinos. ¿Se debería aceptar históricamente la existencia de estas otras naciones formando parte de los Estados nacionales actuales? La nacio-

nalidad mapuche, por ejemplo, o la existencia de la gran nación aymará, lo cual, por una parte, serviría para acentuar la homogeneidad del valle central, pero por otra parte para aceptar la diversidad étnica.

Siendo muy importante el problema de la diversidad étnica, el concepto de una sociedad homogénea tiene otros alcances. Desde ya está la problemática social y con el tiempo se han venido acentuando los cuestionamientos desde un punto de vista de lo cultural. Por cierto, una variedad de explosiones socio-culturales de formas de vida o de pensamiento fueron las divergencias que el Estado-nación del siglo XIX tuvo que conjugar, o más expresamente homogenizar, a objeto de alcanzar su propia fisonomía de Estado Central y centralizado. Por lo menos en el siglo XIX, y no fue sólo para el caso chileno, cuando se construyeron los vínculos de la nacionalidad a partir de ciertos elementos comunes, a partir de ideales comunes, o a partir de ciertos emblemas comunes, el problema central existente fue precisamente el hacer que la heterogeneidad cultural se convirtiera cada vez más en homogeneidad cultural, lo cual se relacionó, por cierto, con esa situación de las jerarquías a las cuales nos hemos referido anteriormente.

El cuarto elemento, que convendría estudiarlo más en profundidad, tiene que ver con algo que sólo se lo escuché a Simon Collier, pero que tiene unas incidencias muy interesantes e importantes. El hablaba de algo así como expresiones dialécticas del español, dialectos del español dentro de América Latina, variaciones del español, que encontraba que en el caso de Chile, no necesariamente nación, era el único país que tenía un dialecto propio, que hablábamos y todavía lo seguimos haciendo de una manera muy singular, muy particular, muy propia, muy diferente al resto de América Latina en donde otras de estas formas siempre combinan conjuntos de países. Un habla andina, con sonidos y tonalidades posibles de advertir algo en México, pero muy perceptibles en Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Otra de estas formas se localizó en la zona del Caribe, panameños, cubanos, venezolanos, etc. Una tercera en el Río de la Plata, originada en los tiempos coloniales y madurada a lo largo del siglo XIX, especialmente en la segunda mitad de dicho siglo con la fuerte inmigración europea en esos espacios.

Esto es importante no sólo desde el punto de vista del lenguaje propiamente tal, sino también a partir de la historiografía actual y a lo que

corresponde a uno de los elementos básicos de construcción de normas históricas: la expresión, la exteriorización de ciertas expresiones del comportamiento, la configuración de un imaginario colectivo, y cómo, según las gentes se interrelacionen entre sí y con la naturaleza, con las organizaciones que emergen y con las instituciones sociales y políticas, etc., surgen unas formas determinadas de apropiación y de utilización del lenguaje, de darle una especificidad a lo general. No es sólo problema del cómo se escribe, sino también del cómo suena.

Así, aislamiento, jerarquía, homogeneidad, dialecto, serían cuatro elementos, funciones, variables que, puestas en desarrollo y puestas en análisis, permitirían visualizar estos largos procesos de transformación entre lo que son las formaciones nacionales y lo que va a ser posteriormente la nacionalidad, ya más madura, a partir de lo que es la acción del Estado-nación. Junto con recordar en estos cuatro conceptos a un gran historiador, a un gran profesor y a un gran amigo como lo fue Simon Collier, estos mismos cuatro conceptos me dan la oportunidad para reflexionar en torno a cuestiones específicas que se derivan de ellos.

Detrás de estos cuatro conceptos, y de varios otros, queda nuevamente presente una situación básica, el hasta dónde Chile representa una historia única, no solamente dentro de Latinoamérica, sino que para muchos dentro del espacio occidental. Obviamente, estas reflexiones tienen el valor de tales y no de un producto de investigación específica. Están dadas dentro de un ejercicio intelectual dentro de un Seminario. No se trata de improvisación, pero sí de lo que uno puede pensar como pasos introductorios a un tema mayor.

De alguna manera, todos hemos pensado en muchas oportunidades, en términos de los niveles de diversificación respecto a la historia local, a la historia regional, a la historia nacional, y a otras realidades históricas mayores, pero lo que sí quiero advertir es que no siempre se admite que hay una singularidad manifiesta en la historia, que toda nacionalidad efectivamente tiene que tener ciertos elementos más o menos comunes, pero que igualmente hay que buscar elementos externos para explicarnos los procesos generales que van en el paso desde la nación hacia la nacionalidad, lo que significa buscar qué hay detrás de esos procesos. En esta situación hay que

buscar algunas perspectivas de análisis que nos permitan transitar no sólo por lo ya conocido, sino por otros carriles de búsqueda, por otras formas de visualizar efectivamente en dónde están precisamente los mecanismos centrales que permitan hablar efectivamente de una historia singular, de una historia que se pueda explicar a sí misma. Desde un punto de vista particular, y como ejercicio, cambiaría el problema del traspaso de nación a nacionalidad desde una visión política o de pensar que el objetivo de una sociedad es fundamentalmente organizarse políticamente, por otros ámbitos de la historia más cercano a lo social y a lo cultural.

En la historia económica muchas veces se ha dicho y se ha fundamentado de que el objetivo histórico de una sociedad es alcanzar el crecimiento económico. Desde otro punto de vista, se dice que las sociedades nacen, surgen, se organizan, se aglutinan, se van dando una serie de constituciones porque el objetivo de éstas, de cualquiera de ellas, es llegar a constituirse políticamente como una organización madura desde ese punto de vista. Creo que más que ambas situaciones, el objetivo de una sociedad es, desde lo social, construirse culturalmente, conformar una propia cultura desde un punto de vista amplio del término, independientemente de un ciclo económico determinado o independientemente del nivel de organización política al cual va a llegar, porque, como sea, y allí podemos comenzar también a reflexionar, siempre existe algo subyacente a esos procesos. Por cierto, ¿qué es lo subyacente?, ¿cuáles son las aguas que corren subterráneamente? En esas aguas subterráneas, ¿cuáles son las metas sociales, históricas de las gentes que constituyen esa sociedad? Hay preguntas, algunas bastante básicas, que han sido abordadas por la historia económica o por la historia política. ¿Hasta qué punto la sociedad chilena (previo precisar qué es la sociedad chilena), en 1770 o en 1780 efectivamente estaba pensando que ya había madurado y que podía separarse de la madre patria? ¿Hasta qué punto eso mismo sucedía en 1800 o en 1810? Hay que recordar el debate que se suscitó hace unos treinta o cuarenta años atrás a propósito de obras importantes de Sergio Villalobos y Hernán Ramírez Necochea, en torno a lo propiciado por éste último en términos de que el nivel alcanzado por la *burguesía* chilena, desde lo económico, le permitía buscar sus propias libertades económicas. Me parece, en todo caso, que los planteamientos deberían ser al revés. El asunto no tiene que ver con el cómo nosotros visualizamos las cosas que

han sucedido en la historia, sino más bien la cuestión es preguntarse hasta qué punto esa sociedad se daba cuenta de lo que estaba pasando, y hasta qué punto esa sociedad tenía o había elaborado sus propias construcciones culturales, sus propias identificaciones, para efectivamente estar decidiendo, en momentos determinados, según una comprensión real de lo que estaba sucediendo.

Creo que en general nada de eso estaba muy claro, ni en lo económico, ni en lo social, ni en lo político. Pero no hay que hacer juicios inflexibles sobre ello. En términos generales, la sociedad hoy en día tampoco tiene muy claro lo que efectivamente está sucediendo, y los que sí pueden decir algo al respecto, individuos o grupos, son los miembros de esas sociedades que efectivamente han sido capaces de lograr construcciones culturales que les permiten identificarse, no necesariamente en términos de diferenciación con los que están al lado, sino con sus propios proyectos como sociedad. Es obvio que también debemos aceptar la sociabilización o la colectivización de estos proyectos, lo cual permite movilizar a sociedades completas detrás de ciertas metas u objetivos sociales. Es muy importante estudiar este tipo de problemas para poder entender más efectivamente las diferencias entre construcciones de discursos y realidades concretas que ha venido experimentando la sociedad chilena. Si buscamos por ese lado, pareciera ser que más que la historia de Chile del siglo XVIII, o incluso la del siglo XIX, ésta es más bien la historia de Santiago, de la sociedad santiaguina. El Chile conocido actualmente, desde muchos ángulos y perspectivas es el que madura, se define y se representa más ampliamente recién a lo largo del siglo XX. Por cierto, seguimos en procesos de descentralización que no logran ser efectivamente reales, en el fondo se sigue en procesos de descentralización dirigidos centralmente y esto responde evidentemente a una tradición de muy, muy largo tiempo.

El poder basado en la centralización de la política del Estado español, con sus intentos de réplica que ocurrían en sus territorios, se puede observar en la centralización de una sociedad a partir de Santiago que, así, define unas representaciones regionales que le permiten reforzar y redoblar su posición respecto al resto del país. Conociendo el valor de Santiago dentro de la historia nacional, es que podemos hablar de la construcción de una sociedad nacional desde la sociedad santiaguina, no sólo desde lo político,

sino también desde lo económico, lo social e incluso desde el punto de vista de las formaciones culturales. Así, es interesante volver a plantearnos si es que efectivamente este país lo haya hecho la gran hacienda, los hacendados, las grandes familias de propietarios rurales, o si más efectiva y concretamente se hace a partir de un grupo de vecinos de Santiago, y de ciertas familias santiaguinas, que no necesariamente estaban solas, pero tampoco exclusivamente imbuidas sólo por los valores tradicionales de la gran propiedad y de lo que ello representaba.

En este sentido, me pregunto por algo que no se ha tomado muy en cuenta, pero creo que fue un tremendo aporte de Armando de Ramón, en un artículo que ha pasado más bien desapercibido y que fractura esa visión generalizada de una sociedad distribuida a través de las zonas rurales y de la gran propiedad, perteneciente a unas cuantas familias que llegaron con el conquistador, y que se habrían repartido el territorio a partir de 1542 sin permitir grandes alteraciones en su dominio a través del tiempo. De Ramón estudió las dos primeras generaciones de conquistadores, y estableció fehacientemente que ya en los inicios del siglo XVII, de esos primeros recién llegados quedaban apenas uno o dos casos, porque habían sido superados por una nueva oleada de gente que además se habría instalado en un momento en que la sociedad estaba ya más o menos pacificada. Así como estos primeros conquistadores fueron desapareciendo en los 50 años que siguieron a su arribo, las primeras familias instaladas ya no necesariamente arrancaban de éstos sino de la segunda generación de individuos en que ya no todos eran estrictamente militares. Esto es una variante respecto a las ideas expresadas por Álvaro Jara, o por el mismo Mario Góngora, y prácticamente de toda la historiografía que siguió sus corrientes, insistiendo en que ésta es la sociedad que construyeron los conquistadores y por quienes les continuaron bajo la posesión de la gran propiedad.

La situación es aún más clara a lo largo del siglo XVIII. La sociedad santiaguina no era una sociedad homogénea, ni siquiera en cuanto a sus grupos dirigentes. Estaba la burocracia de gobierno, estaban los grandes propietarios, los descendientes de la aristocracia tradicional, pero estaban también aquellos que llegaron a comienzos de dicho siglo, no necesariamente nuevos militares, nuevos burócratas, nuevos eclesiásticos, sino también nuevos comerciantes, comerciantes que se enriquecieron rápidamente, que

extendieron sus redes y sus ganancias, y que construyeron nuevas familias asociándose a las más antiguas, y por lo mismo alterándolas. A lo largo del siglo, con mayor fisonomía de país, de criollos propiamente tales, ellos son los que comenzaron a construir ya más efectivamente lo que iba a ser esta sociedad nacional, la del siglo XIX. Se trató de una especie de interrelación entre familias de comerciantes con familias de hacendados que, para tener poder de verdad, estuvieron efectivamente asentados en la *gran aldea*. Desde esta gran aldea, Santiago, no solamente se manejaba el país desde un punto de vista político-administrativo, sino que también desde allí se manejaba el comercio, se manejaba la hacienda, se manejaba la producción agrícola. Desde Santiago es que se fue construyendo, o se terminó de construir, lo que en definitiva llamamos esta nación.

Lo anterior significa varias situaciones, significa que esta sociedad santiaguina estaba permanentemente en búsqueda de posiciones, de posiciones que no tenían que ver totalmente sólo con una situación económica o de otra índole. Se dice, por ejemplo, que la sociedad santiaguina no podía ingresar a las altas cúspides del poder colonial y que, por lo tanto, uno de los conflictos o causas históricas profundas que llevaron a la Independencia fue que los criollos se sentían siempre en condiciones inferiores a los peninsulares. Tampoco me parece ser exclusivamente así. Las sociedades siempre están en continuo movimiento y estos movimientos significan una búsqueda de espacios en donde se va acrecentando un poder determinado para, a partir de allí, dar el paso siguiente y buscar nuevas posiciones. Desde ese punto de vista, el proceso de Independencia no explotó, no explosionó, no se exteriorizó a fines del siglo XVIII, ni en los momentos previos al propio 1810. Que estuviesen aflorando algunos descontentos es algo más complejo de analizar. Me parece que esta sociedad siempre se sintió en búsqueda de posiciones y las alcanzó no sólo a través de la exteriorización de la vida política, sino también a través de todo tipo de construcciones culturales, también a través de la vida cotidiana, de cómo se recibía a cada nuevo gobernador ya en el trayecto desde Valparaíso a Santiago, con sucesivas paradas, agasajos, consejos, informaciones, etc. Un documento valiosísimo de José Perfecto Salas, un memorial por 1780-1790, informaba a un nuevo gobernador muy en detalle lo que era la sociedad, en dónde estaban y quiénes eran los encomenderos, los hacendados. Se describía a cada uno de los miembros

más importantes de la sociedad local, desde el hacendado que tenía mucho dinero, pero que no tenía absolutamente nada que exhibir desde un punto de vista de la cultura o de la educación, hasta aquel otro que sí había que tener cuidado con él, porque era un hombre ilustrado, un hombre sabio, un hombre que tenía mucha influencia social, una persona destacada.

La búsqueda de posiciones sociales y las construcciones culturales mayores que surgen a propósito de ellas, corresponde también a procesos de definición de identidades que en el siglo XIX se acrecientan en el doble juego de conciliar lo propio con la diferenciación respecto a los otros. Se trata de Chile (o de cualquier otro país) y de sus miradas hacia Perú, Bolivia, Ecuador, Argentina, etc. Esta búsqueda de identidades también precisa de nuevos estudios y de nuevas reflexiones. Se trata de los cimientos de la nacionalidad, pero éstos no surgen unidireccionalmente. No se construye una sociedad a partir de una sola idea y tampoco existe una sola identidad superior y permanente. El problema a considerar es cómo surge la síntesis. Antes del siglo XIX (y después en otros contextos) podemos decir que la gente de Concepción tenía una identidad particular, que la gente de La Serena tenía otra propia y que, a la vez, esas dos identidades chocaban con la de Santiago. Se trataba claramente de identidades regionales, de construcciones lentas y pausadas en el tiempo, con marcadas influencias de los paisajes y economías locales, de la circulación de bienes y personas, de las relaciones sociales locales y del movimiento interno de sus elites como de sus relaciones con el exterior. La identidad nacional del siglo XIX, la del Estado-nación, tiene otros componentes. Como lo hemos señalado, la identidad nacional se construye en términos de diferenciación con los otros, pero debemos agregar que internamente lo hace también a partir de procesos de imitación, tanto de los grupos subordinados respecto a los grupos dirigentes como de éstos en relación a otros mejor posicionados social, económica o políticamente. Del mismo modo, las identidades regionales, en el lento período de transición colonia-república, tendieron a imitar esas construcciones mucho más sólidas, mucho más definidas, que habían dado carácter a la identidad santiaguina.

Historiográficamente, uno puede hurgar en situaciones significativas a partir de las cuales los ámbitos regionales quieren no solamente influir, sino que también quieren participar de los beneficios que tiene el centro, el

grupo central. El importante libro de María Teresa Cobos sobre el régimen de intendencias abrió enormes perspectivas de análisis sobre los trasfondos de tan importantes cambios en la administración del poder político. No es que tal reforma significara, como se expresa muchas veces, que las regiones hubiesen alcanzado efectivamente mayor representación o participación en el gobierno más central, o que las regiones pudieran gozar de relaciones más igualitarias con la región central, pero sí sucedió que individuos importantes en las estructuras de relaciones regionales pudieron tomar posiciones dentro del nuevo orden y que muchos de ellos terminarían introduciéndose, finalmente, al interior del poder santiaguino. Como sabemos, algunos de ellos, funcionarios realistas, funcionarios de la colonia, a partir de los primeros pasos hacia el proceso de independencia, rápidamente, después de 1810, estaban asentados y radicados en Santiago participando del poder central, no sólo del poder de La Serena o del poder de Concepción.

Así, entonces, esta búsqueda de identidades de grupos, refuerza indudablemente el concepto de una sociedad jerarquizada. Desde esta perspectiva, efectivamente hubo individuos, familias, grupos que se movieron desde sus espacios coloniales regionales hacia los nuevos ámbitos de lo nacional, buscando la hegemonía del poder, pero no sólo desde el punto de vista político, sino también a través de la construcción de identidades del grupo que se pueden estudiar y/o reestudiar a partir de las estrategias de sobrevivencia, no en términos de lo vital, sino en relación a la mantención y superación del poder alcanzado dentro de la sociedad. La nueva historia social, orientada hacia las actitudes y los comportamientos de todos los grupos, y no necesaria y exclusivamente a las muy respetables y necesarias consideraciones sobre los más pobres, tiene mucho que decir sobre este tipo de relación entre estrategias, identidades y espacios de dominio. Cuando se habla de una sociedad jerárquica como la chilena, se tiende a detenerla en el tiempo y se habla entonces de unas mismas familias que dominan desde la colonia hasta nuestros días. El análisis actual debe pasar desde las miradas sobre individuos a las explicaciones de los comportamientos de grupos; desde la historia política, a la historia social, de la familia, de las identidades y de las construcciones culturales.

Las sociedades no son estáticas, las sociedades siempre están en movimiento, y la movilidad de estas sociedades no está dada solamente por las

acciones que puedan ofrecer como reacción frente a las situaciones que se presentan desde los sectores populares, sino también ella está dentro de las capas medias y de los grupos dirigentes, de los sectores sociales ya establecidos, para producir nuevas estrategias de sobrevivencia. Las nuevas síntesis alcanzadas en el siglo XIX, representan las construcciones culturales que se hacen del poder, frente a los fundamentos del nuevo Estado-nación, se pueden observar estrategias de sobrevivencia respecto al aparato burocrático, estrategias de sobrevivencia respecto al ejército, estrategias de sobrevivencia respecto a las altas posiciones eclesiásticas, a las posiciones políticas, etc.

Por cierto, hay otros desarrollos historiográficos que se suman a los más “tradicionales” (sin que el concepto sugiera prejuicios). En general, acostumbramos mucho a seguir mirando la historia según sus efectos que a detenernos en la complejidad de las cosas cuando están sucediendo. Las reformas burocráticas a la administración colonial respondieron a todo un proceso que tuvo desarrollos muy anteriores al tiempo en que se dieron y no fueron sólo la búsqueda de soluciones a problemas inmediatos. Por ello es que, igualmente, siempre hay que considerar influencias no manifiestas o no reconocidas. El carácter francés de los borbones implica no sólo acciones ilustradas en la monarquía hispana sino también un tenue matíz de afrancesamiento de las instituciones políticas y públicas de estos territorios. El régimen de Intendencias es un buen ejemplo de experiencias anteriores francesas y no sólo producto de los esfuerzos de modernización españoles.

Si volvemos a lo particular, estoy señalando que en una sociedad como la chilena, organizada centralmente desde Santiago, imaginada desde Santiago, existen también relaciones y procesos que son posibles de replantear desde miradas que aparecen más bien ocultas o poco advertidas. Podemos también volver a mirar esta historia conocida desde otras perspectivas, invirtiendo las miradas y partiendo desde la base: desde la vida cotidiana, al nivel de la organización familiar, de las relaciones padres e hijos, de aquellas que se extienden desde el hogar hacia afuera a través del clientelismo, en los requerimientos ocupacionales y profesionales, en el funcionamiento de las instituciones, en el movimiento y las redes procedentes del comercio y la vida económica, en el ejercicio de las funciones burocráticas, etc. La búsqueda de posiciones en la nueva burocracia producto del régimen de

intendencias, significó un esfuerzo notable de familias importantes para convertir las oportunidades en nuevos espacios de poder.

Efectivamente, esta es una historia lenta, imperceptible, de largo aliento, pero tan concreta como los grandes episodios o la exteriorización de la acción de grandes personajes. Desde el momento en que estas familias empiezan a penetrar la burocracia, se van produciendo modificaciones en las relaciones sociales anteriores, y no sólo en términos del funcionamiento de la misma, sino también en el nuevo espíritu que les puede animar: un pensamiento con influencias francesas, un pensamiento ilustrado, un pensamiento de la eficiencia y del control del poder. Pero para que ello funcionara se requería de que los miembros de esta nueva burocracia fuesen personas que tuviesen algún tipo de formación, que fuesen letrados, lo que provoca algunos cambios de actitudes bastante importantes. Es en relación con esta situación que también se puede pensar la creación de la Universidad de San Felipe en la década de 1740, una síntesis entre pensamientos ilustrados y necesidades pragmáticas. Significaba igualmente que familias locales podían educar allí a algunos de sus hijos con objetivos muy concretos, particularmente en lo que decía relación con el derecho civil y el eclesiástico a objeto de alcanzar posiciones en las altas dignidades del gobierno y de la Iglesia.

De hecho, si analizamos el macro tiempo que va desde 1740 a 1830-1840, se puede ver efectivamente que hay un aparato burocrático que no es ni realista ni patriota, sino que simplemente es un aparato burocrático; que no solamente sirve al Estado, sino que también sirve al posicionamiento de estas familias. Pasa un poco lo mismo con el ejército en donde igualmente se pueden hacer inversiones. José Miguel Carrera fue a la península y sirvió en el ejército español y eso significaba una interesante inversión, de familias poderosas, en el sentido de mantener las posiciones alcanzadas. Lo mismo sucede con la Iglesia que en la medida que se fue modernizando necesitó de gentes siempre mejor formadas que, para el vecindario local, les dejaba paso a algunos de sus hijos para ocupar los más altos cargos de la jerarquía eclesiástica. La existencia de la Universidad de San Felipe en la misma Santiago, le permitió reducir sus inversiones al tener que enviar a sus hijos a Lima o a Europa. Las matrículas de la Universidad de San Felipe entre 1740 y fines de dicho siglo permiten darse cuenta de que la composición social de sus estudiantes, más que provenir de familias de grupos latifundistas, lo hacen

desde grupos de Santiago, muchos de ellos comerciantes de cierto nivel. Vienen también individuos de similares calidades desde Buenos Aires, de localidades de la actual Bolivia e, incluso, de la misma Lima.

Hay, por tanto, relaciones multicausales en los fenómenos históricos. ¿Por qué este mismo grupo fundante de la Universidad de San Felipe la deja morir posteriormente? Desde el punto de vista de la burocracia, la de 1780, era más o menos la misma burocracia de 1820, eran, en general, los mismos burócratas, casi las mismas personas. La diferencia es que habían pasado de súbditos a ciudadanos y los que firmaban a nombre del Rey en 1809 eran los mismos que firmaban en nombre de la República en 1820. No se trata de derribar monumentos o destruir nuestra memoria histórica nacional, sino más bien de complementarla, de entenderla más profundamente. Por lo demás, desde un punto de vista social, es válida la insistencia en la pregunta de, ¿hasta qué punto efectivamente esta sociedad se daba cuenta de lo que estaba pasando?, o ¿hasta qué punto iba actuando sobre lo que venía sucediendo? Habría que desempolvar algunas grandes obras, la de Néstor Meza, por ejemplo, sobre la conciencia política o muchos estudios de Rolando Mellafe que ya rápidamente comienzan a abandonarse muy prematuramente.

Desde otros puntos de vista, desde la historia económica, se pueden también observar cambios y continuidades. Me parece que en ese ámbito hubo efectivamente conciencia de lo que significa la vida económica, conciencia que no tenía que ver sólo con relaciones coloniales, sino simplemente con el nivel de inversiones y ganancias. Y no hay que olvidar que en este caso, en definitiva, los principales portavoces de la minería, del cobre, eran asimismo familias principales santiaguinas y lo hacían a través del crédito y del comercio. Es posible defender la idea de que esencialmente Chile es un país de comerciantes, no de agricultores, ni de mineros. Chile es un país de comerciantes que más que producir, sabe hacer circular las mercaderías y a buen nivel de ganancias.

¿Y qué decir del posicionamiento político? ¿De las prácticas políticas que en cada momento van desarrollándose y adecuándose a las nuevas condiciones y circunstancias, siempre desde Santiago, la capital del Reino, la capital del país, la capital de la República? Para cerrar, un par de cosas para

dejar planteadas. En primer lugar, la reafirmación en la temporalidad 1760 - 1860 como un gran período de procesos importantes y de larga transición entre Colonia y República. En segundo lugar, cambiar los ejes de análisis de dicho proceso. Pasar de un provincianismo histórico a planteamientos de problemas que no importa que nos lleven a analizar las situaciones de conflicto entre España y América, o los existentes al interior de Europa, al interior de América o simplemente partir desde Santiago. Lo importante son los problemas, los problemas de transiciones tan importantes como ésta del colonialismo a la República, con sus desfases, sus cambios de ritmos, sus intensidades, pero también con sus semejanzas. En el siglo XIX, se estaba formando la economía chilena, una economía nacional, pero también era una economía más moderna que transformaba espacios tradicionales en espacios insertos en situaciones mayores y más complejas. Estas transformaciones significaron también desestructuraciones que ofrecen innumerables posibilidades de análisis desde lo social, desde las relaciones familiares, de las costumbres, etc., de todo lo cual que estuvo conformando ese proceso. ¿Qué es lo que venía desde el pasado? ¿Qué es lo que se mantuvo del pasado? Una estructura social, una estructura de familia, una estructura de poder regional, centralizada a partir de Santiago e incluso una tradición jurídica que la vemos incluso en el Código Civil de Andrés Bello. En resumidas cuentas y, en síntesis, nuestra nacionalidad fue madurando a propósito de diferentes construcciones socioculturales que tenían sus propios ritmos frente a lo político, lo económico, lo social. Desde el punto de vista del problema, la Historia de Chile dejaría de ser una singularidad, no así desde el punto de vista de sus particulares formas de actuar y de buscar sus propias identidades. Quizás, como igualmente es posible de advertir en otros casos, la mayor singularidad esté en que las permanencias de sus estructuras y procesos sean mucho más firmes que sus procesos de cambios efectivos. Y para entender ello, hay que tener en cuenta todos los elementos que juegan en las construcciones culturales. Aun cuando se acepten todos los argumentos presentes en las discusiones respecto a Anderson y sus comunidades imaginadas, lo importante de considerar en estas construcciones culturales son las identificaciones y el paso de las sensibilidades regionales a unas nuevas formas de sensibilidades nacionales. ¿Serán el aislamiento, el concepto de jerarquía, la homogeneidad y el lenguaje, las bases fundamentales del carácter

de la República chilena? A lo menos, esas bases permiten seguir pensando sobre el particular. No obstante, no se trata sólo de elaboraciones desde lo político-ideológico, también ellas se entienden a partir de los sustratos que conforman las identificaciones de la vida real, de la vida concreta, de la vida cotidiana.

